

Fragmento metapsicológico sobre la sublimación.

Sorano, Conrado Sebastian.

Cita:

Sorano, Conrado Sebastian (Noviembre, 2025). *Fragmento metapsicológico sobre la sublimación. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/sebasvitriol/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/phTs/cYq>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

FRAGMENTO METAPSICOLÓGICO SOBRE LA SUBLIMACIÓN

Sorano, Conrado Sebastian
Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

La presente elaboración se propone precisar el estatuto metapsicológico de la sublimación como destino pulsional que no recurre a la represión ni se reduce a una defensa. A partir del análisis sistemático de los tres puntos de vista —dinámico, topográfico y económico— se sostiene que la sublimación implica una transfiguración del empuje (Drang) bajo la orientación del ideal del yo, sin que ello suponga negación, sino una elevación de la meta. De manera dinámica, se evidencia una torsión del Drang hacia fines no sexuales, orientados por el ideal. De manera topográfica, se revela una articulación entre ello, yo e ideal del yo que permite la emergencia de un nuevo objeto. Y económicamente, se conceptualiza una redistribución del quantum libidinal que transforma la tensión sin extinguirla. En un segundo momento, se aborda la viabilidad contemporánea de esta operación, en un contexto donde la lógica de la inmediatez y el consumo ha erosionado las condiciones simbólicas que la sostenían. Frente al agotamiento del yo ante el exceso de goce sin mediación, la sublimación se presenta como una posibilidad estructural aún vigente, siempre que el sujeto pueda sostener el trabajo de elaboración allí donde el deseo insiste.

Palabras clave

Sublimación - Pulsión - Ideal del yo - Metapsicología

ABSTRACT

METAPSYCHOLOGICAL FRAGMENT ON SUBLIMATION

This paper aims to clarify the metapsychological status of sublimation as a drive destiny that neither resorts to repression nor can be reduced to a defense mechanism. Based on a systematic analysis of the three metapsychological perspectives—dynamic, topographical, and economic—it is argued that sublimation entails a transfiguration of the drive thrust (Drang) under the guidance of the ego ideal, without implying denial, but rather an elevation of the aim. From a dynamic point of view, a torsion of the Drang toward non-sexual goals oriented by the ideal is evident. From a topographical point of view, an articulation between the id, the ego, and the ego ideal emerges, allowing for the appearance of a new object. Economically, a redistribution of the libidinal quantum is conceptualized, one that transforms the tension without extinguishing it. In a second moment, the contemporary viability of this operation is addressed, within a context in which the logic of immediacy and consumption has eroded the symbolic conditions that once sustained it. Faced with the ego's exhaustion in the face of unmediated excess of

jouissance, sublimation appears as a still-viable structural possibility—provided the subject can sustain the work of elaboration where desire insists.

Keywords

Sublimation - Pulsion - Ego ideal - Metapsychology

INTRODUCCIÓN

En el recorrido de nuestra doctrina, ha resultado cada vez más evidente que el destino de las pulsiones sexuales no se reduce a los caminos del síntoma ni a los mecanismos de defensa que ya se han clasificado. Si bien la represión, la conversión o el retorno de lo reprimido han constituido núcleos fundamentales para nuestra comprensión del conflicto psíquico y como uno de los destinos posibles de la pulsión, existe un tipo de elaboración pulsional que, sin ser patológica, tampoco puede reducirse a una simple renuncia o inhibición. Hablamos aquí de la sublimación, término que, si bien aparece tempranamente en los escritos freudianos, jamás recibió un tratamiento metapsicológico sistemático.

Freud (1905) propuso que la pulsión sexual puede abandonar su meta originaria y orientarse hacia fines no sexuales, socialmente valorizados, como el arte o la investigación científica. Este desplazamiento de meta —que implica una transformación— constituiría una vía privilegiada para la economía pulsional del yo en su relación con la cultura. Sin embargo, y a pesar de su relevancia, el concepto fue dejado en estado larvario. Apenas es convocado de forma puntual, sin haber sido sometido al mismo rigor teórico que otros destinos pulsionales, como la represión o la formación reactiva.

En más de una ocasión, Freud anunció la necesidad de escribir sobre la sublimación, pero ese texto nunca llegó a materializarse (Laplanche & Pontalis, 1967). En cierto modo, la sublimación quedó como un concepto en falta, cuya ausencia estructural parece coincidir con su función como la de una elevación. De allí que no pocos comentadores hayan aludido a una suerte de “texto perdido” de Freud sobre este punto.

El presente trabajo tiene por objetivo retomar ese hilo suelto. Lo hará, por supuesto, sin pretensión de cerrarlo. La intención es delimitar los contornos metapsicológicos de la sublimación como proceso psíquico singular, distinto del síntoma y de la defensa clásica. La sublimación, tal como la abordaremos aquí, será por una operación de elevación que conserva el *Drang* de la pulsión, aunque modifique radicalmente su destino y su objeto.

Nos guaremos por los tres puntos de vista que rigen la construcción metapsicológica: el dinámico, el tópico y el económico. En cada uno de ellos intentaremos precisar qué estructuras están implicadas en el proceso sublimatorio, cuál es su economía de placer y displacer, y en qué medida intervienen el ideal del yo, el superyó o el yo mismo como organizadores de dicha transposición.

Retomar esta cuestión en el presente no es un mero gesto arqueológico. La clínica contemporánea y las formas actuales del lazo social nos interpelan desde nuevos modos de producción y circulación del goce. Si, como se afirma, la sublimación permite una salida no patológica de la pulsión, entonces habrá que preguntarse por qué asistimos hoy a fenómenos que parecen sublimar sin elaboración, o gozar sin transposición. La multiplicación de objetos inmediatos, de satisfacciones fugaces y de imágenes prefabricadas, lejos de propiciar una elevación de la pulsión, parece más bien saturar sus rutas posibles. Este desplazamiento nos obliga a repensar si la sublimación es aún posible, o si estamos frente a una erosión de su función estructurante.

Estas páginas no pretenden resolver tales enigmas, pero sí ofrecer una base teórica para su exploración. Si la cultura es, como propuso Freud (1930), el precio que pagamos por la renuncia pulsional, la sublimación podría ser su excepción más espectacular, es en todo caso, una búsqueda de satisfacción sin renuncia.

EL PROCESO DE SUBLIMACIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA DINÁMICO

Desde la perspectiva dinámica que nos orienta, el fenómeno de la sublimación no deja de presentar una paradoja digna de revisión. Nos enfrentamos aquí a un destino pulsional que, sin incurrir en el conflicto manifiesto que caracteriza a otras vías, logra producir una transformación notable en la dirección misma de la pulsión. ¿Entonces cómo opera esta torsión sin represión? ¿Qué fuerzas en el aparato psíquico deben convocarse para permitir tal transposición?

Sabemos, con Freud (1915), que la pulsión se comporta con cuatro términos: una fuente somática, un empuje (*Drang*) cuantitativo, un objeto hacia el cual se orienta, y una meta que es la satisfacción. En el caso de la sublimación, lo que se conserva, de modo relativamente constante, es tanto la fuente como el *Drang*. Es en el objeto y, sobre todo, en la meta donde se introduce una desviación significativa. Pasa de alcanzar una satisfacción sexual directa a dirigirse hacia fines socialmente valorizados —la creación artística, la producción científica, la obra política o la práctica ética. Pero este desvío no puede atribuirse azarosamente, la economía pulsional no se reorganiza espontáneamente sin la intervención de algún principio regulador. Debemos suponer una instancia mediadora que canalice el *Drang* sin sofocarlo y que de alguna manera reorienta. ¿Quién, en el seno del aparato psíquico, está en condiciones de realizar tal delicada operación?

El ello, si bien es el motor de toda presión pulsional, carece de recursos para dicha transposición ya que permanece regido por los procesos primarios. El superyó, en cambio actúa más bien en el registro de la interdicción y la condena. Sería, entonces, el yo, en tanto sede de la síntesis y mediador entre las exigencias del ello, los imperativos del superyó y las condiciones del mundo externo, quien habría de asumir esta función, pero aun así, su sola acción no bastaría. Aquí se impone la consideración de una instancia más elevada, que Freud (1914) introdujo bajo el nombre de ideal del yo. Este heredero del narcisismo primario no se limita a prohibir o sancionar, sino que propone objetos ideales hacia los cuales el yo puede orientar sus investiduras. El ideal habilita una vía de satisfacción sublimada que, si bien menos intensa que la sexualidad directa, posee una durabilidad y un valor estructurante que excede a las satisfacciones inmediatas. Podríamos afirmar que en la dinámica de la sublimación se produce una elevación de la pulsión por transfiguración de su meta. Tal elevación sólo es posible cuando el ideal del yo ofrece al sujeto un horizonte investible, es decir, un objeto que pueda portar el valor simbólico suficiente como para sostener la investidura libidinal y así el *Drang* es transpuesto.

Este ideal no permanece inmutable a través de las épocas. Como ha dicho Zizek (1999), en los tiempos contemporáneos se verifica un desplazamiento inquietante que es el imperativo de gozar, propio del discurso capitalista que ha venido a reemplazar al mandato de sublimar. En lugar de una elevación hacia lo simbólico, asistimos a una proliferación de objetos que prometen una satisfacción directa y sin mediación, que hace vacilar la posibilidad misma de una economía psíquica sublimatoria. Ello plantea una interrogación importante, ¿qué sucede con el destino de la pulsión cuando el ideal deja de ofrecer una altura simbólica y cede su lugar a una inmediatez sin sublación?

Seguro tal vez convenga reinstaurar el valor metapsicológico de la sublimación como operación que transforma el *Drang* y que conserva el quantum pero lo transfigura en valor. Allí donde el síntoma responde a la represión, la sublimación propone una elevación. En esta dialéctica entre permanencia del *Drang* e innovación de la meta se cifra, acaso, el núcleo mismo de su eficacia psíquica.

EL PROCESO DE SUBLIMACIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA TÓPICO

Desde el enfoque tópico la sublimación se nos presenta como un proceso que no puede ser atribuido de manera exclusiva a una de las regiones del aparato psíquico. Su operatividad exige una cooperación entre instancias, que lejos de ubicarse en conflicto abierto, parecerían—al menos momentáneamente—aliñearse bajo una modalidad particular porque no se trata aquí de la formación del síntoma, donde el yo, sitiado entre las exigencias del ello y las prohibiciones del superyó, se ve forzado a una solución sustitutiva por vía de compromiso. En la sublimación,

el *Drang* no encuentra necesariamente resistencia frontal sino que se desplaza y se transforma, tal como nos enseña las leyes físicas. Este destino exige, sin embargo, una arquitectura intrapsíquica más compleja. Si la fuente de la pulsión continúa ubicada en el ello, su trayecto hacia una meta no sexual ni inmediata no puede realizarse sin una elaboración sostenida por el yo y orientada por el ideal del yo. Convendría, en todo caso, subrayar que la sublimación no constituye una formación inconsciente en el sentido estricto. A diferencia del sueño, el síntoma o el chiste—formaciones que operan bajo el retorno de lo reprimido—la sublimación se configura, como veníamos planteando, una transfiguración que logra hacerse compatible con las exigencias de la conciencia y del ideal. Aquí hay una economía representacional —distinta que en los demás destinos como en la represión—, en la cual el monto libidinal encuentra una vía aceptable de descarga sin renunciar por ello a su intensidad originaria. En el desplazamiento, el objeto pulsional es reelaborado hasta adquirir un nuevo estatuto tal vez como una producción con valor libidinal diferido.

Freud (1915), en su metapsicología, ya había advertido que los procesos inconscientes (Icc) no se limitan al sistema Icc. Tal indicación nos habilita a pensar operaciones más sutiles y complejas que atraviesan las tres regiones tópicas sin estabilizarse completamente en ninguna. La sublimación podría entonces concebirse como un tránsito del quantum pulsional desde el ello hacia el yo, mediado por el ideal del yo, sin que este recorrido implique necesariamente una escisión defensiva ni una condensación sintomática, encontramos aquí una conducción.

El ideal del yo (Freud, 1914)—esa instancia heredera del narcisismo primario, elevada a regulador de las investiduras más elevadas—adquiere una función topológica decisiva, dignifica al objeto, lo convierte en portador de valor. Lo deseable ya no es lo prohibido, sino lo creado, sin embargo, la sublimación, en tanto operación tópica, no se limita solo a reconducir el deseo, sino que instituye un nuevo objeto que, por su forma y por su estatuto, puede erigirse en meta pulsional autónoma, por ejemplo ese poema que jamás encontró lector.

Ahora bien, esta delicada arquitectura tópica no permanece indemne ante las transformaciones culturales porque en la actualidad, asistimos a una inflexión que nos obliga a replantear el lugar mismo de la sublimación en la economía del sujeto. Como advierte Han (2014), la lógica contemporánea, fundada en la positividad, promueve una disponibilidad sin demora, una realización sin mediación y una visibilidad sin elaboración. El objeto se produce en serie, se ofrece al consumo y se agota en el acto. La consecuencia es clínica y estructural, el yo, que antes mediaba, hoy se debe adaptar o el ideal, que antes elevaba, hoy se impone y el ello, que debía ser simbolizado, hoy es estimulado directamente por el mercado del goce. La tópica freudiana, lejos de haberse vuelto obsoleta, se ve así interpelada en su misma consistencia, ¿qué lugar puede aún ocupar el trabajo de elaboración en una cultura que privilegia el acceso inmediato?

¿Cómo pensar la creación sublimada en un tiempo donde lo deseable coincide con lo disponible?

Estas interrogaciones nos llevan a pensar sobre que la posibilidad misma de sublimar exige restituir al objeto creado su función estructurante. La pregunta, entonces, ¿sería por su viabilidad histórica? ¿Es aún posible constituir objetos que no se consuman, sino que se sostengan como producciones del deseo? Tales son los desafíos que hoy se enfrentan en la práctica y en la teoría.

EL PROCESO DE SUBLIMACIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO

Desde una perspectiva económica podemos pensar que la sublimación introduce una dificultad importante. Si asumimos, con Freud (1915), que toda pulsión tiende a su descarga y que dicha descarga representa una reducción de la tensión interna que pesa sobre el aparato, ¿cómo comprender una satisfacción que, lejos de consumarse de forma inmediata, se demora, se elabora y se orienta hacia metas que no coinciden con el objeto sexual originario?

La cuestión, como siempre, exige precisión, como en *Pulsiones y destinos de pulsión* (Freud, 1915), se nos enseña que la pulsión no se define por su objeto —que puede variar sin que ello afecte su ser—, sino por el *Drang*, que la empuja de manera constante hacia su meta. El quantum de energía (Qn) investido no desaparece cuando el objeto se transforma, sino que se conserva, y también puede redirigirse. Es así como se abre la posibilidad de una satisfacción pulsional que no busca la descarga estrictamente directa, sino su realización por otras vías, culturalmente legitimadas como el arte, la escritura, la actividad política, el trabajo ético o incluso la invención teórica pero esta economía sublimatoria no puede pensarse con las categorías de la satisfacción sexual inmediata. La sublimación no es una descarga puntual, localizada, breve —como la que se produce en el orgasmo—, sino de una forma de satisfacción más sostenida en el tiempo, es menos explosiva pero efectiva. La creación artística, por ejemplo, no es una descarga súbita, sino que se distribuye el monto de goce en el tiempo, lo suspende, mejor dicho, lo hace trabajar. En vez de suprimir la tensión, la organiza y en lugar de extinguirla, el empuje lo vuelve operante es una dirección sublimada.

Si bien Freud apenas lo dejó insinuado, se encuentra desarrollo en la enseñanza de Lacan, particularmente en el *Seminario 7* (1959-1960), donde dice que la sublimación no es concebida como renuncia, sino como elevación del objeto a la dignidad de la Cosa. Es decir que lejos de erradicar el goce, lo bordea, lo desplaza. Así, el objeto sublimado no se confunde con el objeto de consumo y buscar ser sostenido en su falta. Por eso la economía pulsional no se resuelve en una descarga, sino en una tensión productiva que posibilita la permanencia del deseo. Entonces la sublimación se trata de una redistribución del exceso,

allí donde el quantum pulsional podría estancarse, devenir inhibición o síntoma, la sublimación introduce un circuito alternativo que es la elaboración. Es una economía sin enfermedad, pero no por eso sin riesgo y su eficacia consiste precisamente en evitar la acumulación inerte del goce, sin caer en la descarga bruta. A su vez, en la actualidad, nos hace pensar que allí donde, en otro tiempo, el conflicto pulsional producía síntomas organizados, hoy se manifiesta bajo nuevas formas de disfunción: hiperractividad improductiva, agotamiento crónico, cuerpos rendidos, fatiga sin conflicto. Como lo indica Ehrenberg (2000), la depresión actual proviene del vaciamiento del yo, saturado por exigencias de rendimiento que no admiten mediación simbólica. Entonces la sublimación se nos aparece como una posibilidad de transformar el exceso en producción, de convertir la presión en creación. Lo que está en juego, por tanto, es la capacidad del sujeto de soportar la tensión pulsional sin retorno patológico. La sublimación, en su vertiente económica, no garantiza equilibrio, pero lo torna posible, asique sería una oportunidad que el aparato puede o no aprovechar. Su eficacia reside en mantener en movimiento un monto de energía que, de otro modo, se volvería contra el propio sujeto en forma de inhibición, de compulsión de repetición o incluso de ruptura.

Entonces si hay una virtud clínica en la sublimación, debería estar en la capacidad de permitir una economía del goce que no devenga destrucción. Su límite, sin embargo, es el mismo que su fuerza, no puede ser impuesta, sólo sostenida. Y eso exige, en última instancia, que algo del deseo pueda aún sobrevivir en un mundo que pretende abolir la espera.

CONCLUSIÓN GENERAL

La sublimación, en tanto uno de los destinos posibles de la pulsión, se presenta en nuestra doctrina como una vía de realización singular, que no se deja reducir ni al retorno de lo reprimido ni al desplazamiento que caracteriza a las formaciones defensivas del inconsciente. A través de nuestro desarrollo por los tres puntos de vista metapsicológicos —el dinámico, el tópico y el económico— hemos intentado precisar su estatuto para dejarlo abierto a nuevas interrogaciones.

Desde un punto de vista dinámico, entonces, la sublimación opera como una modificación en su dirección, bajo la orientación del ideal del yo, trayendo consigo así una transformación profunda del *Drang*. Desde un punto de vista tópico, se trata entonces de una operación que exige una articulación precisa entre el ello, yo e ideal del yo, sin pasar por la represión como vía necesaria —si posible como otro destino de la pulsión—. Y desde un punto de vista económico, hemos visto que la satisfacción sublimada no busca que se extinga la tensión, sino sostenerla, redistribuirla y elevarla incluso, convirtiéndola en fuente de producción simbólica.

Freud, como sabemos, nunca dedicó un texto sistemático a la sublimación. Tal omisión no debe interpretarse como desinterés,

sino quizás como un gesto de cautela. La sublimación aparece en su obra —entre otras cosas— como un concepto límite, difícil de asir con las herramientas clínicas forjadas en torno al síntoma, a la represión y al retorno pero su insistencia dispersa —en textos que van de *El poeta y la fantasía* (1908) a *El malestar en la cultura* (1930)— nos autoriza a tener de allí una intuición, que es la posibilidad de que la pulsión, sin dejar de ser lo que es, pueda encontrar una vía distinta a la repetición mortífera o al compromiso patológico.

Hoy más que nunca, esta noción reclama ser pensada porque la clínica contemporánea ya no les presenta sujetos atravesados únicamente por síntomas estructurados, sino también por malestares sin nombre, angustias sin objeto y cuerpos capturados por la lógica del rendimiento. Sin embargo, la sublimación no debe ser evocada como privilegio de unos pocos —los genios, los creadores, los santos—, sino como proceso accesible en lo cotidiano, en lo fragmentario e incluso en lo anónimo porque sublimar no es solamente escribir una novela o pintar un cuadro. La sublimación es, también, sostener el cuidado de un hijo sin sofocar el deseo propio, es encontrar forma para lo que hiere, es militar una causa sin que el yo se diluya o es bordar un tapiz con el mismo empeño con el que se construye la tesis. En todos estos casos, se trata de algo que excede la técnica, no es desacertado decir que se trata de alojar lo que quema sin dejar que consuma y es precisamente ahí donde el psicoanálisis halla su tarea que consiste en ofrecer al sujeto las condiciones para que pueda inventarla. La sublimación, en este sentido, es una posibilidad, la posibilidad de sostener el deseo allí donde no hay ya mandato de producir una obra —sea cual sea su escala— allí donde la pulsión, sin retorno ni renuncia, encuentra por fin un destino.

BIBLIOGRAFÍA

- Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo: Depresión y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. En *Obras completas* (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1908). *El creador literario y el fantaseo*. En *Obras completas* (Vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. En *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). *Lo inconsciente*. En *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura [1929]*. En *Obras completas* (Vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, B.-C. (2014). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Lacan, J. (1959-1960). *El Seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (1967). *Diccionario de psicoanálisis* (2.ª ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Žižek, S. (1999). *El acoso de las fantasías*. México: Siglo XXI Editores.